

Orar con

Por Sherrie Gavin

Basado en una historia real

Un día caluroso de verano, Reese y Cheyenne invitaron a Zara a jugar. Su mamá les preparó un aperitivo y las niñas se sentaron a la mesa para comer.

La mamá cortó mangos del árbol de mangos y puso trozos de manzana y uvas en un plato. Reese miró la deliciosa comida. Recordó hacer la oración antes de comer el aperitivo. Le preguntó a Zara: “¿Oran en tu casa?”.

“¿Qué es eso?”, preguntó Zara.

“Se hace así”, dijo Cheyenne. Cruzó los brazos y bajó la cabeza. Bendijo los alimentos y cuando terminó dijo: “¿Ves? Así es como se hace. ¡Fácil!”.

“En nuestra casa no hacemos eso. Simplemente comemos”, dijo Zara.

Reese nunca había pensado en *no* orar. “Mamá”, dijo, “¿podemos parar de hacer oraciones?”.



Zara

Su mamá sonrió mientras llevaba vasos de agua con hielo a la mesa. “Nos gusta darle las gracias al Padre Celestial por las cosas que nos ha dado. Vamos a seguir haciendo oraciones, pero está bien si otras personas no lo hacen”.

Reesey sabía que su mamá tenía razón. Ella *era* feliz cuando su familia oraba. Quizás orar haría feliz a Zara también. “Podrías probarlo”, le dijo a Zara. “Las oraciones son buenas”.

“Me gusta cuando oramos”, dijo Cheyenne. “Me hace sentir como que estoy sonriendo por dentro”.

Zara sonrió. “Quizás lo haga”, dijo, y comió un trozo de mango.

Reesey y Cheyenne estaban contentas porque podían hablar con su amiga acerca de la oración. Todas terminaron su aperitivo y corrieron afuera a jugar. ■

La autora vive en Queensland, Australia.

